

—Siempre es ventajoso tener aquí un refugio seguro y encontrarse con la buena disposición de los que mandan, le contesté.

—¿Y sabe Vd. algo del general Díaz?

—Nada absolutamente.

—El general desea que venga por aquí para conocerlo y tratarlo: yo no sé en qué se fundará, pero creo que vendrá.

—Benitez se fué á buscarlo á los Estados Unidos y si lo encuentra creo que desembarcarán ambos en Sinaloa ó Sonora.

—Si se pudiera lograr que viniera á Tepic!

—Para qué?

—Podría verificar arreglos ventajosos con el general. Ya hemos hablado mucho sobre esto y el general está dispuesto, según he llegado á sospecharme, á poner en sus manos los mejores de sus elementos.

Yo no tuve una palabra para aplaudir esto porque me repugnaba invenciblemente una alianza con Lozada, que con todo y sus buenas partidas no podía borrar sus malos antecedentes.

—Pues dudo mucho que se aparezca por aquí nuestro caudillo, le contesté después de un rato de meditación.

—Yo juzgo lo mismo: no sé para qué tendría que venir por estos rumbos, aunque muy bien pudiera suceder.

—Ultimamente circuló algún rumor respecto de que se hallaba por el Sur de Jalisco.

Referia yo mis aventuras y mis fracasos políticos. Michel, Teimbert y Betancourt iban á mi lado cuando mi relación sin interrupción mas que para lanzar algunas exclamaciones de sorpresa. La mayor parte del camino fué así amenizado, pareciéndonos menos duro por el mayor entretenimiento. Apenas la noche llova de las era también fresca y presentaban hermoso espectáculo los bosques de palmeras y las

### CAPITULO XXIX.

#### EL TIGRE DE ALICA.

La conversacion que tuvimos el general D. Plácido Vega y yo fué esta poco mas ó menos:

—¿Cómo los han tratado á Vds. en el territorio?

—Perfectamente, le contesté, y estamos muy agradecidos.

—Lozada ha estado repitiendo sus ordenes para que si el general Porfirio Diaz, Vd, Benitez ó cualquiera otro miembro prominente de la revolucion llega á sus tierras, sea bien recibido y auxiliado.

Entonces le referí como habiamos sido atendidos en San Blas.

—El general tiene grandes simpatías por todos Vds., me contestó.

La palabra *general* se referia á Lozada y así era como le distinguian ya todos los suyos.

—Ya veremos si viene ó no: entre tanto yo quisiera que hablara vd. con el general Lozada.

—¿Quiere vd. positivamente que vea yo á Lozada?

—Sí.

—Y para qué?

—Acaso pudiera decir á Vd. algo que conviniera á la revolucion y vd. transmitirlo al general Diaz.

—Creo, dije al general Vega bajando la voz como temiendo hasta que él mismo me oyera, que la revolucion está en un periodo absoluto de decadencia y por consiguiente no está en aptitud de hacer ni recibir proposiciones.

—¿Y si Lozada se presta á ayudarles á Vds. sin ningun interes?

—Esa ya seria otra cosa.

—Puedo anunciarle la visita de vd?

—Sí, señor general.

—Pues mañana voy á San Luis y pasado mañana estaré aquí de vuelta.

Y diciendo esto se despidió, manifestándose muy satisfecho de nuestra entrevista.

D. Plácido Vega era un hombre enteramente raro tanto en sus costumbres privadas como en su conducta política y en su manera de proceder en cualquiera negocio.

Jamas podia averiguar nadie en donde pasaba la noche y á veces permanecia varias semanas sin llegar á desnudarse ni siquiera á quitarse las botas. Algunos de sus amigos recordaban haberlo encontrado

dormido de pié en el rincon de una pieza, guardando el equilibrio sobre una pierna.

Era muy amante de hacer misterio de todo, aunque no se necesitara, y de usar de toda clase de disfraces y precauciones para no ser conocido, habiéndose servido en multitud de ocasiones á sí mismo de policia.

Usaba de gran lentitud en muchos negocios importantes y de una actividad asombrosa en algunas veces en que tal vez no se necesitaba. Raras veces se podia entrar con él en alguna combinacion en campaña que dependiera de tales ó cuales marchas, pues de seguro si concurría era no solo muchas horas sino muchos dias despues del momento fijado.

Le gustaban mucho toda clase de intrigas y nunca podia pasarse sin ellas en cualquiera circunstancia en que se encontrara. Aun como gobernante se complacia en que hubiera movimiento de intrigas en torno suyo.

Cuando habia mas dificultades, cuando soplaba el aire de las conspiraciones, era cuando se consideraba mas en su elemento. Si las dificultades no eran serias, él las hacia, agravando las circunstancias por medio de la persecucion y del terror. Cuando habia vientos de conspiracion él se proporcionaba el placer de descubrir á los conspiradores usando de toda clase de disfraces y arbitrios, siendo muy amante de los golpes escénicos como el de presentarse inesperadamente en medio de sus enemigos.

Era muy dado á los pormenores, ocupándose per-

sonalmente hasta de los mas pequeños detalles. Si se trataba de la tropa le examinaba el vestuario desde el alzacuello hasta los botones de las polainas, y si se trataba de papeles y correspondencias dejaba hasta las ocupaciones mas urgentes por estarse redactando un dia entero una carta estudiando palabra por palabra.

Era muy minucioso y muy metódico en los papeles, gustándole tenerlos arreglados con un esmero que pudiera llamarse femenino. Todo papel aunque no fuera de interes lo guardaba cuidadosamente y él mismo se ocupaba en coser sus expedientes de cartas y de colocarlo todo en orden de tamaños en su papelería.

Cuando era su secretario de gobierno Antonio Rosales que poseia un carácter diametralmente opuesto, tuvieron ambos serios disgustos por cuestion de papeles. Rosales tenía la mesa de la secretaria en completo desorden y sin embargo sabia muy bien en donde encontraria cada papel á la hora de buscarle; pero mientras se ausentaba de su despacho por cualquier motivo, entraba á ordenárselo D. Plácido Vega, lo cual creia hacer poniendo juntos todos los papeles de igual tamaño aunque trataran diversos asuntos, con cuyo sistema hacia brincar de cólera á Rosales que era en extremo bilioso. En cambio de las violencias de Rosales, en medio de las que podia cometer los mas grandes desaciertos, D. Plácido tenia una calma y una dulzura, que no llegaban á alterarse nunca. Con una suavidad que parecia increíble condenaba á muerte á cualquiera que á su juicio podia conside-

rarse culpable y muchas veces con la sonrisa en los labios decia al que creia su enemigo:

—Dentro de dos horas me hace vd. favor de salir de esta ciudad.

—Pero señor...

—¡Ah! si Vd. es servido bien puede quedarse, pero entonces puede ser que le recaiga otra pena mas dura.

El condenado de esta suerte sabia que si despues de trascurridas las dos horas se le encontraba todavia en la calle era en seguida llevado al patíbulo.

D. Plácido Vega en medio de tantos y tan graves defectos, nacidos los mas de su completa falta de educacion, tenia muy brillantes cualidades: era desinteresado hasta un punto que parecia increíble y cuanto dinero llegaba á sus manos lo queria para distribuirlo entre sus amigos, porque siempre supo rendir un ferviente culto á la amistad. Cuando fué gobernador de Sinaloa, dispuso de todas las rentas federales que importaron por aquella época mas de diez millones, todo ese dinero pasó por las manos de D. Plácido Vega y fué á dar al gran círculo de sus amigos y partidarios que lo gastaban á manos llenas. Ese fué el tiempo próspero de Sinaloa porque el dinero tenia muy amplia circulacion.

Era constante tambien para sus empresas aunque casi todas fracasaban, por la lentitud asombrosa que usaba para desarrollarlas. Cuando llegaba la hora crítica que muchas veces él mismo habia fijado para un movimiento, se encontraba ó escribiendo una carta

con toda calma en su gabinete ú oculto en algun lugar que nadie conocia.

En esta vez andaba vestido con chaqueta y pantalon de lienzo con sombrero de paja, queriéndose así dar el aire de un marino. Jamas usaba armas si no era en campaña y casi nunca llevaba dinero consigo, en cambio tenia una fuerza hercúlea, refiriéndose que en cierta vez echó abajo un tabique de ladrillo de un bofeton que debia haber recibido un empleado subalterno que se apellidaba Portillo, y no se dió el caso de que aglun hombre á quien diera un manazo dejara de rodar por tierra.

No volvió al dia siguiente como me habia ofrecido, sino hasta los ocho en que me mandó llamar á la plaza con su acostumbrado misterio. Allí estaba, acompañado de un indio que tenia varios caballos de la rienda, con la cara cubierta enteramente con una ancha bufanda.

—Está vd. listo, licenciado? me preguntó.

—Listo para qué?

—Para ir á S. Luis.

—Toda la semana le he estado esperando, general.

—Aquí tiene vd. un caballo ensillado, del mismo general; es el que monta todas las mañanas. Es manso y de buena andadura.

—Pero hemos de partir esta misma noche?

—El general nos espera.

Fué tan de sorpresa esta invitación que ni siquiera tuve tiempo de vacilar, así es que monté en el caballo

que se me ofrecia y el general Vega montó tambien despues de dirigir diversas órdenes en secreto á los indios que le acompañaban, de los cuales se adelantó luego uno siguiendo nosotros á poco la misma direccion en número de siete ginetes.

Como se vé íbamos mas que suficientemente acompañados.

La noche era oscura y lluviosa y las sendas á que penetramos á poco por en medio de las montañas no nos dejaban pasar sino de uno en uno, teniendo que detenernos algunas veces en el camino mas llano para esperar á los que se quedaban rezagados en el monte.

El aspecto de todas aquellas serranias, en una noche casi tempestuosa como aquella, en que solo de cuando en cuando brillaba la luz de un relámpago, era no solo imponente sino aterrador. Principalmente yendo como yo iba con la imaginacion preocupada con el recuerdo de tantos crímenes como habia cometido el siniestro personaje con quien iba á ser presentado, no podia menos que sentirme dominado por vagas é incomprendibles sensaciones.

No tenia miedo ni habia motivos para tenerlo, puesto que iba al lado de un hombre que de tiempo atras me habia dado señaladas muestras de afecto y que en esta vez me dabâ todas las garantías necesarias para seguirle á donde quiera que fuese sin temor á una traicion; pero el hecho positivo era que estaba á la sazón pisando los terrenos del Señor absoluto y sanguinario que habia cometido allí mismo centenares de crímenes. Recordaba en aquellos momentos las

escenas referidas por todos los que habian hecho las campañas de Tepic, escenas sangrientas en que se recreaba en sus mejores tiempos el Señor de Alica. Entre otras aquella que hace erizar los cabellos y que consistía en poner una venda á los prisioneros y en seguida empujarlos él mismo con una lanza para precipitarlos al fondo de tan hondo abismo que ni siquiera volvía á oírse el rumor del cuerpo dando contra las peñas. Tambien me acordaba que á veces disfrutaba mucho, mandando quemar las plantas de los piés á los prisioneros y en otras haciendo que los colgaran de los árboles atados con su propia piel de la que se formaba con rapidez y habilidad una sólida cuerda.

Y al recordar todo aquello me sentía naturalmente sobrecogido de terror, pareciéndome las sombras de la noche mas negras, las arboledas mas espesas y sombrías, las montañas mas elevadas y las fisonomías de los hombres que nos acompañaban en las cuales me fijaba cada vez que brillaba un relámpago, mas duras, mas salvajes y mas amenazadoras.

D. Plácido Vega que comprendió seguramente cuales eran las ideas que tenían embargado por completo mi pobre espíritu, empezó á distraerme con una conversacion referente á las virtudes y buenas partidas del Señor de aquellas tierras.

He aquí algunos rasgos salientes de su carácter:

Tenía una madre y siempre iba á recibir su bendicion antes de salir á campaña, cuidando de que en todas circunstancias no le faltara lo necesario. En consecuencia Lozada era buen hijo.

Tenía varias mujeres que reputaba como lejitimas, pero vivía con una que le habia dado un hijo llamado tambien Manuel y á esta era á la que prefería y respetaba: en consecuencia era buen esposo y buen padre.

Tenía una larga lista de sus amigos y sus enemigos, respecto de los cuales habia de antemano dictado sus disposiciones. De los primeros, era aquella tierra y cuanto pudiera producir, lo mismo que les correspondia por iguales partes el botin de la guerra: para los segundos estaba acordado el género de muerte que habian de sufrir. En consecuencia, sabia ser buen amigo y juez justiciero.

Era enemigo del robo y lo perseguía últimamente con una tenacidad asombrosa.

Tenía dotes de mando y sobre todo de administracion, pues que se vivía allí como en familia y á nadie le faltaba que comer, pudiendo ser trasmitidas sus órdenes con la mayor violencia aun á los puntos mas lejanos ó mas escarpados, resultando que en tres dias podia reunir un ejército desde tres hasta diez mil hombres.

Nos detuvimos en S. Luis en la casa que tenía allí D. Plácido y que era la prolongacion de la que pertenecía á D. Manuel Lozada, estaba toda blanqueada por fuera y esto me dió buena espina, pues comenzaba á penetrar allí la civilizacion aunque fuera por el blanqueo de las casas.

Ya nos esperaba allí un hombre con chaqueta, pero descalzo que hacia las veces de ayudante del general.

Nos hizo la invitación de seguirle, entramos á un caseron que me pareció muy raro, subimos unos pocos escalones y penetramos á una pieza bastante grande. Habia varios individuos junto á una mesa y un hombre flaco, huesudo y con una venda en un ojo, en medio de todos. Este era el tigre de Alica.



### CAPITULO XXX.

#### EN EL CUBIL.

A mí me llevaba solo la curiosidad, y á D. Plácido Vega la idea de hacer preparativos, por insignificantes que fueran, para sus planes ulteriores. Lozada simplemente recibia la visita de un revolucionario refugiado en Tepic que venia á darle las gracias por las consideraciones dispensadas por las autoridades lozadeñas, tanto á él como á sus compañeros. Tras esto podría haber el segundo proyecto de ganar simpatías en el campo porfirista.

Saludé á todas aquellas gentes, previa la presentación que hizo de mí el general Vega, y entonces pude saber que todos ellos eran allí grandes personajes: uno era el coronel Galvan que mandaba á los indios mas queridos, el otro era el general Nuñez que poseia las mejores tácticas para la guerra de monta-